

Éric-Emmanuel
Schmitt

LA VENGANZA DEL PERDÓN

Traducido del francés por M.^a Dolores Torres París

Título original: *La vengeance du pardon*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Éditions Albin Michel, 2017
© de la traducción: M.^a Dolores Torres París, 2018
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2018
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-248-7
Depósito legal: M. 19.864-2018
Printed in Spain

Las hermanas Barbarin

Si hubiese que imaginarse el paraíso terrenal como un pueblecito, sin lugar a dudas sería Saint-Sorlin.

A lo largo de las calles adoquinadas que descienden en suave pendiente hacia el río, cada fachada es un jardín. Las glicinias suspenden sus farolillos morados hasta los balcones, los geranios llamean en las ventanas, la enredadera ilumina la planta baja, las dedaleras cascabelean detrás de los bancos mientras los canutillos de los lirios del valle se hilvanan entre las piedras, compensando su menudo tamaño con un perfume embriagador.

Quien atraviesa Saint-Sorlin-en-Bugey se lleva la impresión de que tiene una sola estación: el mes de mayo. Las flores despuntan, vivas, rotundas, insolentes, reduciendo las casas a meros soportes. Bajo un cielo azul e inocente, una conspiración de rosas invade las tapias: rosas rosadas, regordetas, florecientes, más maduras que las frutas maduras, vibrantes, reventonas, exhibiendo una carne de pétalos que invita a las caricias o a los besos; rosas negras, púdicas y purpúreas; rosas rojas, austeras y esbeltas; rosas amarillas con fragancias de pimienta fina; rosas anaranjadas, mudas, sin olor; rosas blancas, pudorosas, efímeras, pronto decepcionadas, ya oxidadas. Aquí y allá, cual salvajes venidos a acampar en la ciudad, minúsculos escaramujos de granado follaje

exhiben botones rubescentes con los que los lugareños hacen mermelada. Bordeando el brocal del lavadero, apretadas hortensias de color malva revisten el lugar de una respetabilidad burguesa. Desde la iglesia de Santa María Magdalena hasta las orillas del Ródano, la vegetación inunda Saint-Sorlin.

Por la plaza del Mercado caminaba Lily Barbarin, una anciana cuyo encanto armonizaba con las coquetas calles. Sonriente, etérea, de tez delicada, nariz definida y ojos claros, era la viva imagen de la bondad. Si Saint-Sorlin representaba el paraíso, sin duda Lily encarnaba a la abuela ideal. Benévola, atenta a las necesidades de sus conciudadanos, parecía haber hecho de la vejez un alejamiento cortés mezclado de altruismo. Sin embargo, la vida debería haberla abocado al odio, confiándola en el resentimiento. ¿Acaso no la habían hostigado durante décadas? ¿Es que no la habían despreciado, maltratado, traicionado y odiado? Y, sobre todo, ¿no tenía que comparecer al día siguiente ante la justicia acusada de asesinato?

Al mismo tiempo que el idílico pueblecito había cobijado su cúmulo de rencores, celos e incluso crímenes bajo su máscara primorosa y tierna, la vieja dama había bordeado el infierno. ¿Había atravesado sus puertas? ¿Había cometido lo imperdonable?

Su acusador, Fabien Gerbier, la observaba desde su taller de zapatero. Alto, corpulento, con el ceño fruncido y la mirada torva, claveteaba las suelas con su martillo remendón con una violencia que iba dirigida a Lily Barbarin. Pese a la edad de la dama, su fragilidad y la presunción de inocencia, consideraba intolerable que estuviese en libertad, campando por ahí a sus anchas, y que concitase la indulgencia de sus coetáneos. Era él quien había levantado la liebre, quien había alertado a los gendarmes, movilizado a la policía y activado los engranajes de un proceso judicial; él era el responsable de la pulsera electrónica que se ceñía a su tobillo, mientras que las

negligentes autoridades no habían querido encarcelarla antes de la vista pública.

Mañana, Fabien Gerbier acudiría al juicio en Bourg-en-Bresse. Mañana presenciaría el espectáculo de la justicia en acción. Mañana, por fin, nos enteraríamos.

Durante semanas, en la sobremesa, los sansorlineses se exhibieron contando a los forasteros o a los amigos de paso la historia de Lily Barbarin. O más bien, la historia de las hermanas Barbarin, porque, aunque solo sobreviviese una, no se podía hablar de una sin mencionar a la otra.

* * *

—¡Increíble!

Las hermanas Barbarin vieron la luz el mismo día. Si la primera provocó admiración, la segunda suscitó desconcierto al surgir entre los muslos extenuados de su madre media hora más tarde. Nadie lo había previsto. En una época en que los médicos apenas examinaban los flancos de sus pacientes, solo el nacimiento revelaba el sexo y el número de hijos.

—¡Dos, señora Barbarin! Hay que ver lo que nos preparaba en secreto: ¡dos hermosas niñas!

La comadrona no cabía en sí de gozo.

Asombrosamente similares, análogas desde los ojos azules a los pliegues de los deditos de sus pies, las hermanas Barbarin colmaron a sus padres de orgullo. Ya era extraordinario hacer un bebé, pero dos, como dos gotas de agua, ¡era prodigioso!

—¡Qué maravilla!

Deslumbrados, los adultos presentes apenas se fijaron en el ímpetu con el que había irrumpido la segunda, ni en el vagido de indignación que había lanzado, como si reprochase a los humanos no haberla mirado ni esperado.

—¿Cómo las llamarán?

Sin dudarlo, los Barbarin llamaron Lily a la que era treinta minutos mayor, tal como habían planeado. En cuanto a la inesperada menor, como les cogió de improviso, se quedaron pensativos un momento. Al final propusieron Moïsette, puesto que si hubieran tenido un niño, lo habrían llamado Moïse.

Lily y Moïsette... Quienes se sorprendieron por la disparidad de los nombres —el primero sonaba deliciosamente; el segundo, extrañamente— no se equivocaban al preocuparse. ¡Hum! Un nombre por defecto no augura nada bueno.

Lily y Moïsette vivieron cuatro años de felicidad. La familia Barbarin disfrutaba de su gemelidad espectacular y la acentuaban encantados: jamás separaban a las niñas, las vestían de la misma forma, y las llamaban «las gemelas».

Antes de practicar el lenguaje de la sociedad, Lily y Moïsette hablaron su propio idioma, un balbuceo líquido, articulado, que pasaba de la una a la otra sin interrupción, una mezcla de murmullos y gorjeos, tan claro para ellas como oscuro para su entorno.

—¡Qué bien se entienden! —exclamaban los vecinos a menudo, constatando que las niñas gateaban, jugaban, comían, dormían, corrían y parloteaban al unísono.

En realidad, observándolas mejor, las niñas no se «entendían» en el sentido habitual del término, porque para entenderse —expresarse, escuchar, responder— es necesario que haya dos. Lily y Moïsette crecían una junto a otra sin la sensación de diferir. A todas luces, en el comienzo de sus vidas las hermanas ignoraban su dualidad: formaban una sola y única persona, una entidad con dos cuerpos, un organismo de cuatro brazos, cuatro piernas, cuatro labios y dos bocas. Cuando una esbozaba un gesto, la otra lo terminaba. Como si una placenta invisible las uniese aún, nadaban en armonía, resguardadas

por una bolsa protectora, una burbuja saturada de líquido amniótico donde evolucionaban, apacibles, a temperatura constante, vibrando ambas en resonancia simpática.

¿Qué acontecimiento rompió esa bolsa protectora? ¿Qué cuchillo separó a las dos hermanas?

La mañana de su cuarto cumpleaños, los Barbarin depositaron un paquete azul en las manos de Lily y un paquete rojo en las de Moïsette. Encantadas, cada una de ellas contempló su regalo con avidez, inclinándose luego sonriente para echar un vistazo al de su hermana. Moïsette se desentendió del rojo y cogió el azul, que la tentaba más, cosa que Lily aceptó. Los padres intervinieron:

—¡No! El azul pertenece a Lily; el rojo, a Moïsette.

Redistribuyeron los regalos. Cuatro segundos después, Moïsette, obstinada, volvió a la carga.

—Moïsette, no lo entiendes: el tuyo es el rojo, no el azul.

Moïsette frunció el ceño. Ella prefería el color azul al color rojo y no veía por qué la alejaban de ese paquete. Tiró de él hacia sí.

Un ligero cachete en la muñeca la detuvo. Disgustada, los miró boquiabierta.

—Venga, ¡abrid vuestros regalos, niñas!

Mientras Moïsette la observaba, Lily desempaquetó el regalo azul y apareció una caja que contenía una muñeca.

—¡Oh! —exclamaron a coro las chiquillas.

Al igual que su hermana mayor, Moïsette miraba extasiada la hermosa criatura rubia, vestida de seda blanca, que apareció sentadita en la caja.

—¡Qué bonita! —susurró Lily.

—¡Oh, sí! —ratificó Moïsette.

Lily alzó delicadamente el celofán, sacó la muñeca y la colocó en posición vertical. Moïsette contemplaba la escena, dando la impresión de formar parte de ella.

Entonces Lily acarició los dorados cabellos de la muñeca, un gesto que Moïsette alentó. Finalmente, Lily besó sus mejillas rosadas, y Moïsette se sonrojó como si hubiera recibido ella el beso.

—Moïsette, ¿y tu regalo?

Moïsette tardó diez segundos en percibir que sus padres se dirigían a ella. Sus padres insistieron:

—¿No tienes curiosidad?

—Me gusta la muñeca.

—Claro, es muy bonita.

—La quiero.

—Sí, pero es de Lily.

Haciendo caso omiso del comentario, Moïsette tendió el brazo hacia Lily, que le entregó la muñeca.

Los padres decidieron obrar con severidad.

—No, Moïsette, la muñeca es de Lily.

Le arrebataron a Moïsette el juguete que había apretado contra su pecho y se lo restituyeron a la fuerza a Lily.

—Es tuya. Cógela.

Moïsette reflexionó y, unos segundos después, tendió la mano hacia Lily, que le devolvió la muñeca. Los padres se interpusieron. Se palpaba la tensión.

—¡No, ya está bien! Déjate de tonterías. Devuélvele el regalo a tu hermana y abre el tuyo.

En un acto reflejo ante el tono conminatorio, Moïsette se echó a llorar.

—¡Qué cruz! Recibe un regalo y ni siquiera lo mira. Me pregunto por qué molestarse tanto...

Moïsette no entendía nada, excepto que no tenía derecho a actuar como quería. Lily corrió a abrazarla y sollozó por contagio. Ya más tranquila, Moïsette derramó algunas lágrimas más, y luego consideró la situación: su madre le presentaba obstinadamente el paquete rojo.

Enfadada, con el ceño fruncido, Moïsette rompió el envoltorio a regañadientes y apareció un magnífico oso.

—¡Oh, qué oso tan bonito! —exclamaron sus padres para animarla.

Moïsette lo miró enfurruñada.

—¿Te gusta?

Girándose hacia su hermana, que miraba ansiosamente el peluche, susurró:

—Sí.

Sintiéndose libre, le arrebató la muñeca.

Se armó una zapatiesta. Sobre pasados, los padres alzaron la voz, Moïsette se echó a llorar de nuevo y Lily berreó solidaria.

—¡Ah, no! ¡Tú no, Lily! ¡No vas a animarla, encima! ¡Ni a ser tan cabezota como Moïsette!

Volaron insultos, sonaron portazos y los padres desaparecieron, dejando a las niñas en un berrinche de hipo y sollozos en el suelo, en medio de los cadáveres de los envoltorios.

Aquel aniversario había hecho mella en la unicidad de las gemelas: cada una había comprendido vagamente que no se confundía con la otra. A los cuatro años, habían nacido de nuevo, pero, esta vez, dos. Distintas. Lily y Moïsette.

Para Lily constituyó una información; para Moïsette, un duelo. No solo no era su hermana, sino que estaba sola. Además, no la trataban tan bien. Cada uno de nosotros ha sido herido durante la infancia: percibiendo de repente el espacio entre uno y el resto del mundo, uno se da cuenta de que existe aparte, de que es diferente, un cuerpo singular en medio de cuerpos extraños, un recinto mental único. Injusticia de la consciencia... Para unos significa un deslumbramiento; para otros, consternación. Mientras en el mundo de los primeros se levanta un telón, un muro encierra a los segundos en una prisión. La soledad es un reino en el cual algunos ven el trono; otros, las fronteras.

Lily estaba encantada de explorar la naturaleza que la rodeaba; además, circulaba por ella de la mano de su gemela. Mohína, recelosa, Moïsette juzgó que el universo era inhóspito y notó que la presencia de su hermana le escamoteaba su influencia, su dimensión, su preeminencia... En aquel cuarto cumpleaños, Lily había ganado una hermana; Moïsette había descubierto una rival.

A partir de ese día, las gemelas seguían siendo una a los ojos del pueblo, pero no a los suyos.

Por reflejo, en cualquier circunstancia frente a sus padres, sus maestros, o sus compañeros, se unían. Si su madre se topaba con una lámpara rota a su regreso a casa, las dos niñas cerraban filas. «¡Yo no he sido!», protestaba Lily. «¡Yo tampoco!», añadía Moïsette. Era inútil esperar, ninguna acusaría a la culpable. Cualquier invasión de autoridad en su espacio afianzaba su complicidad. En consecuencia, o los castigos desaparecían o se aplicaban a ambas. Les daba igual que las castigasen sin postre, o tener que pasar varias horas de estudio encerradas en clase, o no ser invitadas a casa del amiguito que había perdido sus canicas después de su visita: su gemela contaba más que la ira o la venganza de los extraños. Lily y Moïsette formaban un bloque.

En cambio, fuera del alcance de miradas ajenas, el bloque se resquebrajaba. Si físicamente solo un kilo marcaba la diferencia —redondez que afectaba a Lily—, psicológicamente las grietas eran mucho más profundas.

Lily tomaba la iniciativa. Embajadora de las gemelas, audaz, cómoda en el papel de exploradora, ideaba las quedadas, los juegos, las correrías. Puesto que era ella quien se acercaba a los demás, se unían a ella primero. Por su carisma de líder nata, capaz de consolidar costumbres, se oía más frecuente-

mente hablar de Lily o de «las gemelas» que de Moïsette; algunos simplemente olvidaban su nombre y decían «la otra».

Sin intención alguna de cuestionar ese orden casi natural, Moïsette seguía a su hermana mayor, pero se daba cuenta de que le hacía sombra. Durante dos años nunca guardó rencor a su hermana, su hermana necesaria, su hermana siempre presente, su gemela, lejos de la cual se sentía incompleta; al contrario, si de algo se quejaba era de los adultos despreocupados e indiferentes, sin memoria. Por su parte, Lily era del mismo parecer de Moïsette cuando esta última denunciaba la indiferencia de fulano o mengano, y siempre la defendía.

Como en Navidad o por su cumpleaños recibían regalos diferentes, habían adoptado una estrategia: simulaban regocijo en público y, una vez tranquilas, procedían a una redistribución. Moïsette, sistemáticamente decepcionada con sus regalos, exigía los de Lily, que se los entregaba sin vacilar, sin enfadarse siquiera cuando Moïsette se negaba a prestarle los suyos.

En torno a los siete años, la escuela primaria rompió su unión. Moïsette, más lenta e insegura que su hermana, sudaba tinta china para aprender. Las maestras se lo comunicaron a sus padres. Esa entrevista causó estragos en Moïsette: su ritmo de estudio, igual al del último tercio de la clase, ni siquiera peor que el de sus compañeros, no habría llamado la atención de nadie si no hubiera estado flanqueada por una hermana brillante. Alumna normal, se volvía mediocre porque se la comparaba con Lily. La odió por imponerle esta comparación, la maldijo en silencio por ser más talentosa y se acostumbró a culpar a Lily cuando recibía una mala nota.

Cuando cumplieron los diez años sucedió lo inevitable: una profesora propuso separar a las gemelas para colocarlas en sendas clases correspondientes a su nivel. Aunque la maestra elogió los méritos de la diferencia, prometió un mejor de-

sarrollo y proclamó las bondades de una fórmula individual, Moïsette bajó la cabeza y miró a Lily con repulsión.

A partir de ese momento, revolvía regularmente la habitación de su hermana mayor, le desencuadernaba los libros, le rompía los lápices, emborronaba sus dibujos y le agujereaba la ropa. Pero Lily volvía a ordenarlo todo, lo arreglaba sin decir una palabra, protegiendo a su hermana menor. Nada más lejos de su ánimo que criticarla, convencida de que a Moïsette no la tenían en cuenta.

Tranquila y reflexiva, Lily impedía que se desenmascarase la mezquindad de su hermana. Cuando sufría en exceso su agresividad, hacía gala de una audaz sangre fría. Así, el día de su primera comunión, porque deseaba con todas sus fuerzas las cosas que había pedido, fue a la mesa donde les habían dejado los regalos, invirtió las etiquetas, y esa misma noche, en la intimidad de su cuarto, cuando Moïsette intercambió con ella sus regalos, pudo recuperar los que tanto ansiaba.

A partir de su duodécimo cumpleaños, el equilibrio se modificó.

Una mañana, Moïsette miró a Lily y dijo:

—Estás fea.

Lily la miró pasmada.

—Tú también.

Poniéndose ambas frente al espejo, descubrieron que sus reflejos les daban la razón: sus rostros cambiaban.

Una semana más tarde, Moïsette fijó su mirada en las caderas de Lily.

—Deja de atiborrarte de comida: has engordado tanto que vas a reventar las costuras de la falda.

—Tú también.

Una vez más, el espejo confirmó el desastre común. Como un ejército secreto, las hormonas habían invadido sus cuerpos y comenzaban a transformarlos.

No transcurría una mañana sin que una notase en la otra una imperfección que encontraba inmediatamente en ella: una espinilla en la punta de la nariz, senos que apuntaban, pelos que surgían, grasa en los muslos, piel aceitosa, un olor nuevo... Habían dejado las orillas de la infancia para unirse al continente de las mujeres, pero de momento navegaban en las aguas de la ingratitud.

Lily descubrió con asombro su nuevo cuerpo en su gemela. Moïsette, por su parte, no soportaba que su hermana le infligiese el espectáculo de aquella derrota. ¿Quién puede pasarse las veinticuatro horas del día frente a un espejo? La horrible Lily le recordaba permanentemente su propia fealdad; en pocas palabras: Lily la hostigaba de forma tal, enarbolando sus defectos, que la detestaba por ello.

Providencialmente, una vez que los estrógenos hubieron completado su colonización y dieron el último toque a la metamorfosis, las hermanas Barbarin se revelaron guapísimas. Ambas.

Moïsette estaba exultante.

Adiós a la desigualdad que había propiciado la escuela, ¡volvían a ser idénticas!

Paradójicamente, sus primeros flirteos las acercaron. Asustadas por sus deseos, ávidas de ejercer sus poderes recién adquiridos sobre los chicos, fascinadas por los juegos de seducción, se consultaban sin parar y desarrollaron una fuerte complicidad, que se parecía más a una solidaridad entre soldados afrontando el peligro que a una auténtica amistad. Una fraternidad de armas las unía. Se contaban sus intentos, sus fracasos, sus éxitos, de modo que Moïsette, menos audaz que Lily, se aprovechaba de las meteduras de pata de su hermana mayor para aventurarse a su vez con más osadía y pasárselo mejor.

A veces engañaban a los chicos haciéndose pasar la una por la otra, en un beso furtivo o en algún coqueteo inocente.